EL ESKUÉRNAGO ORIGINARIO

Una teoría sobre el origen del hombre a partir de las hijas de Lot

FERNANDO CERCEAU

«Nuestro padre es viejo, y no queda varón en la tierra que entre a nosotras conforme a la costumbre de toda la tierra.»

Génesis 19:31

«Carpe diem, lector generoso: no sabemos cuándo ni cómo el eskuérnago trascenderá su inofensiva debilidad y se instalará —mecánico y orgánico, decorativo o ectoplasmático— a convivir a nuestro lado.
Todos, algún día, me temo, seremos eskuérnagos.»

Prólogo del *Catálogo de los Eskuérnagos*
Guillermo Cerceau

Toda teoría del origen es, en el fondo, una teoría de la falta. Buscamos el principio porque algo nos falta en el presente, y lo buscamos atrás porque adelante no hay nadie que pueda respondernos. La ciencia propone un mono, la teología propone un barro soplado, la mitología griega propone dientes de dragón sembrados en la tierra. El Eskuernario Bíblico propone otra cosa, más incómoda y, tal vez por eso, más verosímil: que no venimos de algo inferior que fue subiendo, sino de algo distinto que fue bajando. Que descendemos de los eskuérnagos.

Este ensayo intenta seguir esa intuición hasta el fondo de la caverna donde, según el Génesis, se refugiaron Lot y sus dos hijas después del fuego. Allí, entre la ceniza y el vino, ocurre el episodio más perturbador del libro, y allí, sostengo, comienza también una historia que el texto bíblico no se atrevió a escribir: la de una larga degeneración que termina en nosotros.

I. La caverna como fin del mundo

Conviene recordar el relato. Sodoma y Gomorra arden. Lot huye con su mujer y sus hijas; la mujer mira hacia atrás y queda convertida en sal. Lot y las dos muchachas se refugian primero en Zoar; después, por miedo, suben a la montaña y se esconden en una cueva. Desde allí, el mundo parece terminado: no hay ciudades, no hay vecinos, no hay hombres. La hija mayor lo dice con una claridad que todavía estremece: no queda varón en la tierra.

En «Lot II», el Eskuernario lee esa cueva como el lugar «donde el tiempo se detiene y las leyes del mundo exterior ya no tienen vigencia». Es una lectura exacta. La caverna de Lot no es un refugio: es el fin del mundo visto desde adentro. Y cuando el mundo termina, la única pregunta que queda es la del linaje. ¿Quién va a seguir? ¿De quién va a nacer lo que venga después?

Las hijas responden con la solución más antigua y más terrible: embriagan al padre durante dos noches y conciben de él. El texto no las juzga; se limita a contar. De la mayor nace Moab; de la menor, Ben-ammi —Amón—, padre de los amonitas.

II. Moab y Amón: los dos eskuérnagos horribles

Moab y Amón son, a la vez, hijos y nietos de Lot. El Eskuernario da un paso más que el Génesis: lo que nació en la caverna no fueron dos niños, sino dos eskuérnagos, criaturas hechas de la misma sustancia que la falta que las produjo. En la lámina de «Moab y Amón» se los ve conversar en la penumbra «sobre el peso de su origen y el estigma de su nacimiento». No son monstruos por maldad. Son horribles porque llevan la forma visible de lo que no debía ocurrir.

Un eskuérnago, como explica el prólogo del Catálogo, es «un híbrido de degeneración orgánica y abstracción geométrica». Nada describe mejor a los nietos de Lot: la degeneración de la sangre que se pliega sobre sí misma y la abstracción fría del cálculo que la hizo posible. Las hijas no actuaron por deseo, sino por geometría: dos mujeres, un hombre, una noche, otra noche. El resultado tenía que ser una figura imposible.

Y una figura, en el sentido más literal. Los eskuérnagos son criaturas de dos dimensiones. Están hechos de línea y de mancha, viven en el plano como viven los dibujos: tienen ancho y alto, pero no espesor. No pesan, no ocupan lugar, no proyectan sombra. Moab y Amón no nacieron en la caverna como nacen los cuerpos: aparecieron sobre ella, como aparece un dibujo en la pared.

III. Nacidos sin sexo

Hay un detalle que el Génesis calla y que la anatomía de los eskuérnagos revela: Moab y Amón nacieron sin sexo. No eran varones ni mujeres. Eran dos dibujos cerrados sobre sí mismos, sin órganos para el amor ni para la cópula, como si la naturaleza, ofendida por la manera en que habían sido concebidos, les hubiera negado el instrumento que había hecho posible su existencia.

Para las hijas de Lot, aquello fue la derrota más cruel. Habían quebrado la ley más antigua para conservar la descendencia de su padre, y el resultado eran dos criaturas planas que no podían tener descendencia. El linaje que querían salvar terminaba en sus propios hijos. La caverna, que había sido el fin del mundo, parecía ahora también el fin de la especie.

Las hijas no buscaban dos criaturas condenadas a explicar su nacimiento. Lo que buscaban lo dice la mayor: «conservaremos de nuestro padre descendencia». Querían una continuidad, una línea que siguiera después del fuego. Y la línea, en apariencia, se cortaba ahí.

IV. La autofecundación

Pero los eskuérnagos no obedecen las reglas de la costumbre de toda la tierra. Moab y Amón, encerrados en la penumbra, escucharon una y otra vez la frase de la hija mayor —no queda

varón en la tierra— y entendieron algo que ellas no podían entender: que para seguir no hace falta un hombre, ni una mujer, ni ningún otro. Hace falta solamente querer seguir.

Y entonces cada uno se dividió.

No hubo vientre ni espera: un dibujo no tiene dónde guardar a otro. Lo que ocurrió en la caverna se parece más a lo que sucede, sin testigos, en cada célula viva: la mitosis. Una célula copia todo lo que lleva adentro —el libro entero de sus instrucciones—, ordena las dos copias a uno y otro lado de su cuerpo y después se parte. Lo que eran dos mitades pasan a ser dos células enteras. Nadie la fecunda, nadie la acompaña: le basta con duplicarse y separarse.

Moab y Amón hicieron eso con su trazo. Cada línea se desdobló, cada mancha encontró su réplica, cada ojo se repitió a su lado. Después vino el corte: el dibujo se abrió por su propio eje y una de las mitades se desprendió.

Pero lo que se desprendió no era una copia. Aquí la mitosis se mezcla con su pariente más extraña, la partenogénesis: el nacimiento de un hijo a partir de un solo progenitor, sin que nadie lo fecunde. La naturaleza conoce las dos cosas. Conoce la división: la ameba que se parte en dos, la hidra a la que le brota otra hidra del costado, la planaria que, cortada en pedazos, regenera un animal entero en cada uno. Y conoce la partenogénesis: hay lagartijas del desierto norteamericano cuyas poblaciones están formadas solo por hembras que se reproducen sin machos; hay dragones de Komodo que, aislados en un zoológico, pusieron huevos fértiles sin haber conocido pareja, y cuyas crías no fueron copias exactas de la madre; hay pulgones que encadenan generaciones enteras sin apareamiento. La vida,

cuando se queda sola, encuentra la manera de continuar, aunque lo que continúa nunca sea del todo igual a lo que fue.

En la caverna, la diferencia fue enorme. Al separarse de su copia, la mitad que se desprendió ganó algo que sus padres no tenían: espesor. Una parte de ella siguió siendo trazo, plana como el dibujo del que venía; la otra se llenó de carne, de peso, de volumen. Cada uno se miró, se copió y se separó de su copia, y la copia ya no cabía entera en el plano. Así llegó, por el camino menos pensado, la descendencia tan ansiada por las hijas de Lot.

V. Los centauros de la caverna

Los hijos de Moab y de Amón fueron mitad eskuérnagos y mitad hombres. Hay que imaginarlos como imaginaron los griegos a los centauros: no una mezcla borrosa, sino dos naturalezas unidas en un mismo cuerpo. Un torso de carne que respira sobre unas patas de tinta; una cara con relieve, con ojos que se cierran, en un cuerpo que todavía es una mancha sobre la pared. Mitad dibujo, mitad animal.

No es casual que todas las mitologías estén llenas de seres así. El centauro, el minotauro, la esfinge, las sirenas: criaturas partidas en dos, mitad humanas y mitad otra cosa. Tal vez no sean invenciones, sino recuerdos. Tal vez la memoria de los pueblos conservó, deformada por los siglos, la imagen de aquellos antepasados que eran hombres solo a medias.

De ellos salieron las dos tribus que poblaron la tierra vacía después del fuego: los moabitas y los amonitas, es decir, en esta

lectura, todos nosotros. La humanidad no desciende de una pareja en un jardín, sino de dos dibujos sin sexo que, para multiplicarse, se dividieron en el fondo de una cueva, y de los híbridos que nacieron de esa división.

VI. La degeneración

Los centauros de la caverna siguieron dividiéndose, pero cada división fue menos exacta que la anterior. En cada generación, la parte de carne avanzaba un poco y la parte de trazo retrocedía. Las patas de tinta se volvieron hueso; las manchas se volvieron piel; el plano fue cediendo al volumen. Y con el volumen llegaron el peso, el cansancio, la sombra, la muerte.

Llegó también el sexo. Cuando la carne fue demasiada, el cuerpo ya no pudo dividirse por sí mismo: se volvió pesado, opaco, incapaz de desdoblarse como se desdobla una línea. Entonces la división, que antes ocurría dentro de cada criatura, pasó a ocurrir entre dos: la especie se partió en mitades que se buscan. El sexo es eso, la memoria de una división que ya no podemos hacer solos.

La palabra «degenerar» viene del latín degenerare: apartarse del propio linaje, salir del género de los antepasados. Eso fue lo que pasó, generación tras generación, hasta que en una de ellas no quedó ningún rastro del dibujo. Solo carne. Esa generación, la última, es la nuestra.

Esas criaturas, cada vez más espesas y cada vez menos dibujadas, somos los hombres.

No somos la cima de una evolución, sino el final de una degeneración. No venimos de abajo: venimos del plano, y fuimos cayendo hacia el volumen.

VII. La especie doble

Somos, entonces, una especie doble. Por un lado llevamos la herencia del incesto y de la carne: la culpa, el cálculo, el miedo a desaparecer, el deseo, la vergüenza de un origen que preferimos no mirar. Por el otro llevamos un resto del trazo: la capacidad de imaginar lo que no existe y de sacarlo afuera, sobre el papel, sin ayuda de nadie. Cada ser humano es una caverna donde esas dos líneas siguen discutiendo.

Por eso el arte se parece tanto a aquella división. El escritor que inventa un personaje, el dibujante que hace nacer una criatura de una mancha de tinta, repiten el gesto de Moab y de Amón: se duplican por dentro y sacan de sí mismos a otro que ya no son ellos. Pero el gesto ahora va en sentido contrario: lo que los primeros eskuérnagos hicieron para pasar del plano a la carne, el artista lo hace para devolver algo de la carne al plano. Cada dibujo es un viaje de vuelta.

En el prólogo del Catálogo, Guillermo Cerceau lo dice como una advertencia: «Todos, algún día, me temo, seremos eskuérnagos». Si esta teoría es cierta, no se trata de una profecía, sino de un regreso. Fuimos eskuérnagos antes de ser hombres, y

quizá lo que llamamos futuro no sea más que el camino de vuelta al plano del que salimos.

VIII. Objeciones y respuestas

Podría objetarse que esta teoría no tiene fundamento en el texto bíblico. Es cierto. Pero tampoco la serpiente que habla ni el arca que contuvo a todas las especies tenían otro fundamento que el de haber sido escritas. Los mitos no se fundan en documentos: se fundan en necesidades. Y la necesidad que este mito responde es real: la de explicar por qué el ser humano, siendo hijo de la falta, es también capaz de crear desde la nada.

Podría objetarse que la ciencia ya explicó el origen del hombre, y que lo explicó al revés: de lo simple a lo complejo, de abajo hacia arriba. Esta teoría no la contradice; la mira desde el otro lado. Lo que para la ciencia es ganancia —más cuerpo, más peso, más complejidad—, para un eskuérnago es pérdida: menos línea, menos libertad, menos capacidad de multiplicarse solo. Toda evolución, vista desde el antepasado, es una degeneración.

Podría objetarse también que la teoría absuelve demasiado rápido a las hijas de Lot. No es así. Las hijas quedan en la historia como lo que fueron: dos sobrevivientes que eligieron mal porque no tenían otra opción a la vista. Su plan fracasó en lo que buscaban —hijos capaces de continuar la sangre del padre— y triunfó en lo que nunca imaginaron: hijos capaces de continuarse solos, y nietos que, de división en división, terminaron siendo nosotros.

Y podría objetarse, por último, que nadie vio jamás a un eskuérnago. Tampoco nadie vio jamás al primer hombre. La diferencia es que al eskuérnago, al menos, podemos dibujarlo.

Conclusión: la descendencia tan ansiada

Las hijas de Lot creyeron que el mundo había terminado y actuaron en consecuencia. Después creyeron que sus hijos eran el final de la estirpe, y se equivocaron otra vez. En la oscuridad de la caverna, dos dibujos sin sexo ni futuro se estaban preparando para empezar el mundo de nuevo.

De ellos descendemos. Somos la descendencia que dos mujeres desesperadas pidieron a la noche, y que la noche les dio por el camino más extraño: a través de dos nietos planos que no podían tenerla y que la inventaron, y de los centauros de tinta y carne que, generación tras generación, fueron perdiendo el trazo hasta quedar solo cuerpo. Llevamos en la carne el deseo y en la imaginación el dibujo. Y cada vez que alguien crea algo que antes no existía —un poema, una criatura, una teoría como esta—, Moab y Amón vuelven a dividirse en nosotros.

© 2026 Fernando Cerceau · Eskuernario Bíblico · Ediciones Valkamur